

Sonia se levantó del sofá y empezó a caminar por la sala, con los brazos cruzados.

— Luis, me da corte. Es tu compañera de trabajo. Luego os vais a ver todos los días, en el banco, en cada reunión...

Luis la miró con una media sonrisa.

— Mamen también es tu compañera, y el viernes aquel no te cortaste precisamente.

Sonia se giró y le lanzó una mirada afilada.

— Eso fue diferente. No estaba planeado... pasó sin más.

— ¿Y qué diferencia hay? —insistió él—. En Menorca tampoco estaba planeado y ya ves como terminó la cosa.

Ella se mordió el labio. Había sido el momento más dramático de su matrimonio. Sabía que Luis tenía razón, pero una cosa era dejarse llevar en una discoteca en vacaciones y otra sentarse a cenar con una pareja que, en teoría, estaba dispuesta a algo más.

— No sé ni cómo ir vestida... —murmuró, cambiando de tema.

Luis se echó a reír.

— Vete sexy.

Sonia le miró de reojo, todavía dudosa.

— Pero sexy... ¿cómo? ¿Sexy puta? ¿Sexy elegante...?

— Sexy como tú sabes —dijo Luis, guiñándole un ojo.

Sonia resopló y se dejó caer en el sofá.

— No tengo nada que ponerme.

Luis levantó una ceja.

— ¿Perdona? ¿Y el vestido color champán?

— Ese ya está muy visto, —contestó ella— quiero ir distinta.

Luis la observó con curiosidad mientras ella cogía el móvil y empezaba a escribir un mensaje.

— ¿A quién escribes?

— A Mamen —respondió Sonia—. Le voy a pedir prestado su vestido de lentejuelas rojo oscuro.

Luis sonrió, recordando a la amiga de Sonia con aquel vestido rojo intenso, brillante, con el que la había visto aquel fin de semana en el que empezó todo.

— Me gusta la idea.

— Ya, ya lo sé... —Sonia sonrió con picardía—. No le quitaste el ojo de encima a Mamen. Y no lo niegues. Pero recuerda que esto es solo una cena. No nos forzaremos a nada. Si surge, estupendo, si no... nos vamos y punto.

Sonia salió de la ducha envuelta en una toalla, con el vapor aun pegándose a su piel. Luis, que estaba en la cama revisando el móvil, levantó la vista y la recorrió con la mirada. Sus mejillas aún estaban sonrosadas por el calor del agua caliente, y unas gotas resbalaban lentamente por su clavícula.

Sonia se tomó su tiempo. Primero, se sentó en un taburete frente al espejo y comenzó a pintarse las uñas de los pies con precisión. Eligió un rojo intenso, combinándolo con el esmalte de las manos. Cada pincelada era pausada, cuidada, como si estuviera preparando cada detalle con la máxima dedicación.

Cuando terminó, se levantó y se secó el cabello con la toalla, eliminando la humedad antes de peinarse. Frente al tocador, desenredó su melena con calma y, con la plancha, moldeó los mechones. Luego recogió parte del cabello en un moño suelto, dejando caer algunos rizos sobre su cuello y sienes.

Se miró en el espejo con atención. Sabía que Luis la estaba observando desde la puerta del baño, pero no dijo nada. Solo sonrió para sí misma, disfrutando del proceso, sabiendo que cada pequeño detalle sumaba. Concentrada en delinear sus labios con un rojo profundo, levantó la vista hacia Luis a través del espejo.

— Háblame de Verónica —pidió con naturalidad, deslizando la barra de labios con precisión.

Luis, que estaba sentado en la cama ajustándose el reloj, levantó la mirada y se tomó un segundo antes de responder.

— Verónica... —repitió, como si estuviera organizando sus pensamientos—. Es difícil de explicar. Es mayor que nosotros, debe de rondar los cuarenta y pocos, pero tiene algo... algo que la hace destacar. No es solo guapa, es de esas mujeres que imponen, que tienen una elegancia natural que no puedes ignorar.

Sonia giró ligeramente la cabeza mientras se aplicaba un toque de iluminador en los pómulos.

— Es la clase de persona que cuando te mira, sientes que te está leyendo por dentro. Como si no tuvieras secretos. No sé cómo lo hace, pero a su lado te sientes... desnudo.

Sonia arqueó una ceja mientras se ponía los pendientes.

— Suena intimidante.

— Lo es —asintió Luis—. Pero también es buena compañera de trabajo. No es de las que se meten en chismes ni juegan a la política de oficina. Es directa, pero sin ser brusca. Sabe cómo manejar a la gente sin levantar la voz.

Sonia se quedó en silencio un instante mientras se ponía las pulseras. Después terminó de ajustarse el vestido de lentejuelas rojo oscuro y se dio un último vistazo en el espejo. Luego se giró hacia Luis, evaluándolo con la mirada.

— Espero estar a la altura.

Luis sonrió y se acercó, apoyando las manos en su cintura.

— Estás espectacular. Pero no necesitas estar a la altura de nadie. Créeme, cuando llegues, será ella quien te analice a ti.

Sonia se sentó en el borde de la cama, ajustando los tirantes de su vestido con un gesto nervioso. Miró a Luis, que estaba de pie junto al armario, terminando de ponerse la chaqueta.

— No sé si seré capaz... —soltó de golpe, sin rodeos. —De... ya sabes —dijo ella, haciendo un gesto vago con la mano—. Pasar a mayores con ellos.

Luis dejó escapar un suspiro y se acercó, sentándose a su lado.

— Sonia, nadie te está obligando a nada.

— Lo sé —respondió rápido—. Pero me asusta que ellos lo tengan claro, que para ellos sea algo casi cerrado y yo me vea envuelta en una situación en la que no quiero estar. No quiero sentirme forzada a nada, ni siquiera por la presión de la situación. Después de lo de Menorca, tenemos que tener cuidado Luis. Estuvimos demasiado cerca de joderlo todo.

— Pase lo que pase, no los vas a decepcionar. Saben perfectamente que no somos expertos en esto. Serán comprensivos con nuestra decisión.

— Me preocupa que nos estén invitando con una idea preconcebida en la cabeza —dijo ella—. No creo que sea una simple cena de cortesía. Si después de tanta insinuación nos presentamos allí y yo de repente me echo atrás, ¿qué cara se les quedará? ¿Cómo nos mirarán después?

Luis asintió lentamente.

— Entiendo lo que dices. Pero Sonia, si en algún momento no quieres, simplemente no quieres. No tienes que justificarte. He explicado a Verónica nuestros miedos e inseguridades, y lo entienden perfectamente.

Sonia giró el rostro hacia él.

— ¿Y tú? ¿Tú tienes claro que quieres?

Luis se pasó una mano por el pelo y se quedó en silencio unos segundos antes de responder.

— Tengo curiosidad —admitió—. Me atrae la idea. Tras lo de Mamen, y lo de Menorca, me gustaría poder participar yo en algo. Pero también me da miedo. No por

ellos, sino por nosotros. —Esa es mi mayor duda. En Menorca las cosas se nos fueron de las manos, y al día siguiente... bueno, creo que no hace falta recordarlo....

— ¿Y si no nos gusta? ¿Y si no nos sentimos cómodos?

— Entonces nos marchamos —dijo Luis sin dudar—. No estamos obligados a nada. Vamos, conocemos a la pareja de Verónica, charlamos, nos tomamos algo... y si en algún momento sientes que no quieres seguir, nos vamos.

— Y si... Nos sentimos cómodos... ¿Tendremos que volver a pasar por lo de la otra vez? ¿O estás completamente seguro de ti y de mí? Necesito garantías de que no va a volver a pasar.

Luis le acarició la mano - Lo sé. Lo que tenemos entre nosotros es más importante que cualquier experimento. No quiero que hagas nada que no desees. Y si haces algo, no habrá reproches. Vamos juntos. A la menor duda, me lo dices y pararemos. —Ahora, eso sí... —añadió con un brillo divertido en los ojos—. Ese vestido rojo va a provocar que sea muy difícil que la cosa no pase a mayores. Es erotismo puro. Lo recordaba sexy en Mamen, pero en tí roza lo pornográfico.

Sonia soltó una carcajada y le dio un suave empujón en el pecho.

— Idiota.

Luis se inclinó y le besó la mejilla.

— Anda, termina de arreglarte. No quiero llegar tarde.

Cuando llegaron a la casa del novio de Verónica, Sonia sintió un leve cosquilleo de nerviosismo en el estómago. Vivían en una zona residencial a las afueras de Madrid. En un barrio elegante y exclusivo, con calles anchas y arboladas. Tenía acceso controlado con barreras.

La casa en sí tenía una arquitectura sobria pero imponente. Un portón de hierro forjado se abrió automáticamente cuando Luis pulsó el timbre, y un camino de grava blanca les condujo hasta la puerta principal.

Nada más abrirse la puerta, Verónica apareció ante ellos con una sonrisa impecable. Sonia sintió un pequeño sobresalto. No era solo guapa; era de esas mujeres que te dejaban sin habla. Su porte era elegante y seguro, con un vestido negro de tirantes que abrazaba su figura con naturalidad, sin excesos ni estridencias. Su cabello rubio estaba recogido en un moño suelto, parecido al que llevaba Sonia, dejando al descubierto un cuello largo y estilizado. Pero lo que más impactaba eran sus ojos: grandes, de un color azul, con una intensidad que hacía difícil sostenerles la mirada demasiado tiempo. Eran casi felinos.

— Bienvenidos —dijo con voz cálida y modulada—. Pasad, por favor.

Luis la saludó con un par de besos en la mejilla, y Sonia hizo lo mismo, sintiendo el ligero perfume amaderado de Verónica, elegante y sofisticado.

— Os presento a Marcos —dijo Verónica, girándose para señalar al hombre que estaba detrás de ella.

Marcos era alto, de complexión atlética pero sin exageraciones. Su cabello entrecano le daba un aire distinguido, y vestía con un equilibrio perfecto entre lo formal y lo relajado: una camisa blanca remangada hasta los antebrazos, unos pantalones oscuros de lino y zapatos de piel. Su expresión era serena, con una leve sonrisa de bienvenida que no parecía forzada.

— Encantado —dijo Marcos, estrechando la mano de Luis con firmeza y besando a Sonia en ambas mejillas—. Tenía ganas de poneros cara.

Mientras avanzaban por la casa, no pudo evitar lanzar una mirada de soslayo a Luis. Él le había dicho que Verónica era atractiva, elegante... pero no le había advertido del impacto que generaba. Era una mujer que llenaba la habitación sin esfuerzo, que parecía medir cada gesto y cada palabra con precisión quirúrgica. Sonia no pudo evitar preguntarse si Luis había omitido detalles a propósito o si, simplemente, no había sabido cómo describirla sin sonar demasiado impresionado.

La casa de Marcos era un despliegue de arquitectura moderna y sofisticación. Desde el momento en que Luis y Sonia cruzaron el umbral, quedó claro que aquel no era un hogar convencional, sino el reflejo de alguien con gusto por el diseño.

Ubicada en una zona residencial exclusiva, la casa se levantaba sobre un terreno amplio, rodeada de un jardín minimalista con plantas bien cuidadas y estratégicamente iluminadas. La fachada combinaba hormigón visto, madera oscura y enormes ventanales de suelo a techo, lo que le daba una apariencia elegante y contemporánea.

La casa estaba diseñada en diferentes alturas, con un concepto de espacios abiertos donde la luz natural jugaba un papel protagonista. Los grandes ventanales retráctiles conectaban la sala de estar con el exterior, permitiendo una transición fluida entre el interior y la terraza.

La sala principal tenía un sofá modular en tonos arena, estratégicamente colocado frente a una chimenea incrustada en la pared. Sobre la mesa de centro de vidrio y acero, descansaban algunos libros de arte y arquitectura. En una esquina, un piano negro de cola aportaba un aire de sofisticación.

En una de las paredes, un gran mueble de madera flotante servía como soporte para un televisor de gran formato, pero lo que más llamaba la atención era la impresionante colección de arte moderno y fotografía enmarcada que decoraba el espacio.

Uno de los elementos más llamativos de la casa era la piscina, diseñada con un sistema retráctil que permitía cubrirla o descubrirla según la estación del año. Ubicada en la parte trasera de la casa, estaba rodeada por una terraza de madera con varias tumbonas y un moderno sofá exterior en tonos neutros.

La iluminación de la piscina era tenue y envolvente, con luces LED bajo el agua que le daban un tono azul intenso. En un lateral, una ducha exterior de acero inoxidable y un pequeño jacuzzi completaban el espacio.

Sonia no pudo evitar sentirse un poco impresionada. Miró a Luis de reojo, intentando descifrar su expresión. La noche apenas comenzaba, y ya intuía que sería una velada difícil de olvidar.

La cena estaba dispuesta sobre la mesa con un aire sofisticado y elegante. Aunque Verónica no cocinaba, había sabido elegir un menú que reflejaba a la perfección su estilo y personalidad: moderno, refinado y algo impredecible.

- ¿Os apetece algo de beber? —preguntó Verónica, guiándolos hacia el salón.
- Vino blanco para mí —dijo Luis—. Sonia, ¿tú qué quieres?
- Vino también, gracias —respondió, todavía analizando el entorno.

Verónica sonrió y desapareció hacia la cocina, mientras Marcos los invitaba a sentarse.

- ¿Es la primera vez que venís a esta zona? —preguntó con tono relajado.

Luis asintió.

- Sí, la verdad es que no solemos salir mucho de nuestro barrio. Ya sabes, al final vivimos de fin de semana. De lunes a viernes es de casa al trabajo y viceversa. Pero este sitio es increíble.
- Tiene sus ventajas —dijo Marcos, sirviendo el vino con una calma casi ensayada—. Tranquilidad, buenas vistas... intimidad, claro.
- Y seguridad. ¿No? —intervino Sonia — Hemos visto las barreras y los anuncios de rondas de vigilancia.
- Sí. Aquí vive gente muy importante. Hacia la zona del bosque, hay mansiones surrealistas.

Sonia asintió y tomó la copa que le ofrecían, pero su atención seguía centrada en la figura de Verónica cuando esta regresó con su propia copa de vino en la mano. Se sentó en un sillón, cruzando las piernas con naturalidad.

El ambiente, con la luz tenue de las velas en la mesa y el suave murmullo de la conversación, estaba en completa armonía con la sofisticación del menú. Todo se sentía como un delicado juego de contrastes, donde cada detalle había sido pensado para sorprender, pero sin excesos.

En una vajilla magnífica, había Tartar de atún rojo con aguacate y una salsa. Carpaccio de buey, delicadamente dispuesto sobre un plato grande, con lascas de parmesano, alcaparras y unas hojas de rúcula fresca.

Verónica les dijo que de plato principal había elegido lomos de lubina a la sal, acompañados de una salsa de limón. El menú se completaba con una ensalada fresca de brotes tiernos, aderezada con una vinagreta de miel y mostaza. Les dijo que no habían querido cargar mucho la cena, para no terminar demasiado llenos.

Sonia sintió que necesitaba concentrarse en alguna conversación y apartar de su mente la sensación de que Verónica era mucho más de lo que Luis le había contado.

— Bueno, contadme —dijo Marcos con una sonrisa—. ¿Cómo es vuestra relación en el banco?

— Luis no es un jefe al uso —dijo Verónica con una sonrisa sutil, jugando con el borde de su copa.

Luis soltó una leve risa y negó con la cabeza.

— No me considero su jefe —contestó—. Somos compañeros. Coordinamos el equipo, tomamos decisiones juntos. Si no hay confianza y respeto mutuo, no funciona.

Sonia analizó cada palabra y cada gesto. Observó cómo Verónica sonreía con esa seguridad suya, sin titubeos, como si disfrutara cada segundo de la charla. Notó el brillo en los ojos de Luis cuando la miraba. No era una mirada cualquiera. Había algo en ella que le provocó un escalofrío de incomodidad.

El vino de su copa pareció perder el sabor de golpe. Se esforzó por mantener su expresión neutra, pero por dentro sintió una punzada inesperada, casi física. Celos. No era una sensación familiar para ella, y le sorprendió la intensidad con la que apareció.

— Eso es cierto —dijo Verónica, girándose hacia Marcos—. Luis sabe cómo motivar a su equipo sin imponer su autoridad. Tiene un don para eso.

Luis sonrió, como quitándole importancia al cumplido.

— Bueno, intento hacer lo mejor que puedo. No sé si lo del "don" es para tanto —respondió con modestia.

Sonia no dijo nada. Se limitó a beber un sorbo de vino, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, no tenía el control de la situación. Observó cómo Luis y Verónica intercambiaban miradas cómplices, cómo la conversación fluía entre ellos con una facilidad que la inquietaba.

No podía negar que Verónica era una mujer impresionante, pero lo que realmente la descolocaba no era eso. Era la conexión evidente entre ambos. La forma en que se entendían sin necesidad de explicarse demasiado.

Sonia se removió en el sofá, intentando encontrar una postura más cómoda, pero la incomodidad estaba en su cabeza.

Marcos, ajeno a lo que pasaba por la mente de Sonia, intervino con tono relajado.

- Se nota que os lleváis bien en el trabajo. Eso no siempre es fácil.
- Es fundamental —dijo Verónica, sin apartar la mirada de Luis.

Sonia respiró hondo. Sentía que la conversación avanzaba por un terreno en el que ella estaba fuera de lugar. Y eso no le gustaba nada. Dejó la copa sobre la mesa y se esforzó en apartar de su mente la incomodidad que sentía.

- ¿Y tú a qué te dedicas, Sonia? —preguntó Marcos.
- Soy profesora de historia en un colegio —respondió, esbozando una sonrisa contenida.

Verónica ladeó la cabeza con curiosidad.

- ¿Historia? Qué interesante —comentó.

Sonia se encogió de hombros con una media sonrisa.

- Bueno, no es precisamente la profesión más glamurosa del mundo, pero me gusta.

Marcos intervino con un gesto de aprobación.

- Es una de las asignaturas más importantes, pese a que las ramas de letras estén tan denostadas. Si la gente prestara más atención a la historia, nos ahorraríamos muchos errores. Ser profesora es una profesión estupenda. Siempre he valorado vuestro trabajo.

Sonia asintió.

- Eso digo yo todos los días en clase, pero los adolescentes no siempre están de acuerdo. Para ellos, cualquier cosa que haya sucedido antes del 2000 es prehistoria —bromeó.

Los demás rieron con complicidad.

- ¿Y te gusta? —preguntó Verónica, apoyando el codo en la mesa y observándola con atención—. Digo, de verdad. ¿Te sientes realizada enseñando?

Sonia parpadeó, sorprendida por la pregunta directa.

- Sí... —contestó tras unos segundos—. Me gusta. Pero a veces me siento atrapada en la rutina. Cada año explico las mismas cosas, veo las mismas reacciones en los alumnos. Y aunque trato de innovar, hay momentos en los que me pregunto si podría hacer algo más.

Verónica asintió, como si entendiera perfectamente lo que quería decir.

- Es normal. La estabilidad tiene su precio. Cuando llevas tiempo haciendo algo, es fácil sentirse en una especie de piloto automático.

Sonia sintió que la frase tenía más capas de significado de las que parecía a simple vista. Fue consciente de que aquellos ojos la taladraban. Luis tenía razón, su mirada era de una intensidad que te hacía casi imposible mantenérsela.

Luis, que hasta entonces había escuchado en silencio, intervino con una sonrisa. —Pero hay algo que siempre le ha gustado a Sonia de su trabajo: ver cómo algunos alumnos descubren que la historia no es solo fechas y batallas, sino historias de verdad, llenas de intriga, ambición y giros inesperados.

Sonia le miró con gratitud. —Eso sí es cierto. Cuando consigo que se enganchen a una historia, aunque sea solo por un momento, me doy por satisfecha.

Verónica la observó en silencio durante unos segundos antes de decir:

— Sabes... creo que hay más glamour en eso de lo que piensas. No todo el mundo tiene el poder de hacer que otros vean el mundo con otros ojos.

Sonia no supo qué responder. Se limitó a esbozar una sonrisa. Por primera vez desde que llegaron, sintió que la conversación no se centraba en la dinámica entre Luis y Verónica.

Marcos recorrió con la mirada a ambas mujeres.

— Tengo que decirlo, estáis deslumbrantes —comentó con voz relajada—. Dos bellezas completamente distintas, pero igual de impresionantes.

Sonia sintió un leve calor en las mejillas. Sabía que el vestido que le había prestado Mamen era atrevido, pero no esperaba que llamara tanto la atención. El rojo oscuro de las lentejuelas brillaba con cada movimiento, el escote en V realzaba su figura sin ser vulgar, y la tela suelta se deslizaba sobre su piel con una sensualidad natural. No llevaba sujetador, lo que hacía que el vestido insinuara más de lo que cubría. Se sentía sexy, poderosa, pero también vulnerable bajo las miradas de los demás.

Pero si ella estaba impresionante, Verónica era otra cosa.

Verónica llevaba un vestido negro ajustado, de esos que parecían hechos a medida para realzar cada curva. El escote permitía ver el comienzo de unos senos redondos, dejando a la vista lo justo para intrigar. La tela se ceñía a su cuerpo con una elegancia casi irreal, como si supiera que podía jugar con los límites sin necesidad de cruzarlos. Sus tacones altos la hacían aún más imponente, y su melena rubia estaba recogida con una despreocupación perfectamente calculada.

Era una belleza distinta a la de Sonia. Más madura, más sofisticada, con un halo de confianza que hacía que su presencia dominara la habitación sin esfuerzo.

— Gracias, Marcos —respondió Verónica con una media sonrisa, inclinando ligeramente la cabeza—. Pero creo que esta noche el centro de atención es Sonia. Está absolutamente espectacular.

Luis asintió, sin apartar la mirada de su esposa.

— Sí que lo está —dijo, con un tono de orgullo y deseo apenas disimulado.

Sonia sintió un nudo en el estómago. Sabía que esa noche era diferente, que había una tensión en el aire que iba más allá de los halagos y la admiración. Pero lo que más le inquietaba no era la situación en sí, sino la manera en que Luis miraba a Verónica. No había deseo en su mirada, no al menos en el sentido más evidente, pero sí una especie de fascinación, de admiración absoluta. Y eso le incomodaba más que cualquier cumplido.

Cuando terminaron los postres, Verónica propuso que Marcos les tocara algo en el piano. Les dijo que era un virtuoso.

Marcos se levantó de la mesa con un movimiento tranquilo y elegante, y se dirigió al piano de cola que estaba en un rincón de la sala. Sonia y Luis lo observaron con una mezcla de curiosidad y expectación, sin saber muy bien qué esperar. Marcos no era el tipo de persona que habitualmente se expresaba con palabras, pero había algo en su porte, algo en su mirada, que hacía que todos los ojos de la habitación se volvieran hacia él con intriga.

Con una sonrisa leve y una mirada fugaz hacia ellos, Marcos se sentó frente al piano. La sala se llenó con un silencio denso, como si todo se detuviera por un momento, como si el tiempo mismo se tomara una pausa. Sonia y Luis se miraron brevemente, sorprendidos por la serenidad de la escena.

Marcos apoyó las manos sobre las teclas, sus dedos largos y delicados flotando sobre el instrumento con una suavidad que contrastaba con su figura masculina. Sus ojos se entrecerraron levemente, como si estuviera buscando una nota perdida o conectando con algo dentro de sí. Y luego, sin previo aviso, sus dedos comenzaron a moverse. Un primer acorde grave resonó en la habitación, profundo y envolvente, seguido por una secuencia de notas que parecían fluir con naturalidad, como si él estuviera simplemente dejándose llevar por una corriente invisible.

El sonido del piano era hipnótico, como una caricia de las cuerdas más finas del alma. Cada tecla que tocaba parecía llenar el espacio de una manera que Sonia no podía describir, pero que la hacía sentirse como si algo en su interior estuviera siendo tocado también. La melodía era suave, melancólica, pero a la vez apasionada. Era como si el piano hubiera estado esperando su momento, el momento en el que Marcos tocara, para liberar toda su belleza y complejidad.

Luis, también fascinado, permaneció en silencio, observando cómo los dedos de Marcos bailaban sobre el teclado con una precisión que parecía no tener esfuerzo alguno. Se sorprendió del volumen del sonido. No tenía ni idea de que un piano sonase tan potente.

Sonia, con el corazón acelerado, no podía apartar la vista. Algo en el sonido la envolvía, casi como si lo que escuchara no fuera solo música, sino algo mucho más profundo. Mientras el tema continuaba, notó que su respiración se volvía más pesada, como si el ritmo de la melodía estuviera sincronizado con los latidos de su propio cuerpo.

Marcos no miraba a nadie. Estaba sumido completamente en lo que hacía, su rostro sereno, pero con una expresión de concentración tan intensa que hacía que todo a su alrededor pareciera desaparecer. Cada vez que sus dedos tocaban una nueva tecla, el sonido que se desprendía era como un susurro al oído, suave y lleno de significado.

Cuando la melodía llegó a su fin, Sonia se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Los últimos acordes reverberaron en el aire, y el silencio que siguió fue casi tan intenso como la música misma. Por un momento, nadie habló.

Marcos se giró lentamente hacia ellos, una ligera sonrisa en su rostro. "No soy pianista profesional", dijo con modestia, como si lo que acababa de hacer fuera algo completamente cotidiano para él.

Pero Sonia no pudo evitar sentirse sorprendida por la intensidad de lo que había escuchado. —

— Ha sido ... increíble, susurró, sin saber muy bien cómo describir la sensación que había tenido.

— Ahora, si queréis, podemos ir a tomar una copa a la terraza. Hace una noche estupenda, y debemos aprovecharla. — dijo Marcos levantándose del piano.

— Me parece una gran idea —respondió Luis con naturalidad, girándose hacia Sonia con una sonrisa—. Nos vendrá bien el aire fresco.

— Perfecto, pues os espero fuera —dijo Marcos mientras se ponía en pie con la copa en la mano y se dirigía hacia la terraza.

Verónica se levantó con calma, sin prisa, y miró a Sonia con su expresión indescifrable.

— Vas a adorar la piscina. De noche es espectacular.

Cuando salieron a la terraza, se encontraron con una vista impresionante. La piscina estaba iluminada por luces bajo el agua que la teñían de un azul turquesa intenso. Alrededor, varias tumbonas con cojines blancos estaban estratégicamente colocadas, y la brisa nocturna movía suavemente las cortinas de una pérgola cercana.

— Esto es otro nivel... —murmuró Sonia, dejando escapar una leve sonrisa.

— Sin duda, esto es lo mejor de la casa. Especialmente en verano —respondió Verónica, tomando asiento en una de las tumbonas con total naturalidad—. Aunque en invierno también la utilizamos. Es un lugar que nos encanta. A Marcos le gusta ser un buen anfitrión, y sabe cómo hacer que sus invitados se sientan cómodos. Evidentemente este lugar ayuda...

Luis se acomodó en una butaca, con su copa de vino en la mano. Sonia dudó un segundo antes de hacer lo mismo, pero finalmente se sentó junto a él, cruzando las piernas.

Marcos regresó con un carro lleno de bebidas, una cubitera y copas. Preparó las bebidas con aquella elegancia que le caracterizaba, y entregó a cada uno su copa.

— Por nuestra nueva amistad —brindó con una sonrisa.

Sonia chocó su copa con las demás y bebió un sorbo. La noche era magnífica y la conversación fluía con naturalidad.

— Sonia, te noto tensa. ¿Estás bien? —preguntó Verónica con su mirada felina clavada en ella.

Sonia sostuvo la mirada de Verónica por un instante. Sentía el peso de la expectación de todos sobre ella. Inspiró profundamente antes de responder, con una leve sonrisa en los labios.

— Creo que todavía estoy analizando la situación.

Verónica sonrió, como si le divirtiera su respuesta.

— Me gusta. Precavida, pero atenta.

Luis deslizó los dedos por el muslo de Sonia, en un gesto apenas perceptible para los demás. Ella sintió un escalofrío recorrerle la espalda, y de repente se sintió demasiado consciente de todo: la calidez de la noche, la suavidad del vestido de lentejuelas sobre su piel, el brillo en los ojos de Verónica, la mirada de Marcos recorriéndola con calma.

— A veces hay que dejar de analizar y simplemente disfrutar —intervino Verónica, con voz tranquila. Cogió su copa y la levantó, haciendo un gesto para brindar. Todos la imitaron.

— Por las noches inesperadas.

Sonia chocó su copa con las demás y tomó un sorbo, sintiendo cómo el alcohol le calentaba la garganta. La noche avanzaba lenta y tensa, como si todos estuvieran esperando un movimiento, una señal.

Verónica dejó su copa en la mesita y se incorporó con una elegancia innata.

— Creo que ya va siendo hora de mojarse los pies, al menos.

Se acercó al borde de la piscina y se descalzó, deslizando los zapatos con un gesto pausado antes de meter los pies en el agua. Marcos la siguió con la mirada y media sonrisa.

Luis miró a Sonia.

— ¿Qué dices? ¿Te apetece?

Sonia dudó un segundo. Todo en esa escena tenía un aire de coreografía perfectamente ensayada, como si Verónica y Marcos supieran exactamente hacia dónde querían llevar la noche.

— Voy. — Con la misma pausa que Verónica, se sacó las sensuales sandalias y se sentó junto a la compañera de trabajo de Luis. —Está perfecta —comentó Sonia, intentando sonar casual.

Verónica la miró de reojo.

— A veces hay que lanzarse del todo para comprobarlo. Yo en breve me pienso dar un chapuzón.

— Sería una pena arruinar nuestros peinados y el maquillaje. ¿No crees? — preguntó Sonia

— Bueno, creo que merecerá la pena. No es fácil disfrutar de una piscina climatizada privada en medio de Madrid. - Verónica se puso de pie con la misma gracia con la que hacía todo. Se giró hacia ellos, con su copa en la mano y una sonrisa provocadora en los labios.

— Yo necesito refrescarme. Me voy a bañar. Si queréis seguirme... ya sabéis.

Sonia sintió la mirada de Luis sobre ella. ¿Estaba esperando a ver qué haría? ¿Cuánto estaban dispuestos a probar aquella noche?

Dejó su copa sobre la mesita y, sin ninguna prisa, deslizó los tirantes de su vestido y lo dejó caer hasta el suelo. Debajo llevaba un conjunto de lencería negra impecable.

— Yo no he traído bañador —dijo Sonia con media sonrisa.

— Ni falta que hace —respondió Verónica.

— Y... no llevo sujetador — Sonia lo dijo tratando de no parecer insegura.

Luis se pasó una mano por la nuca y miró a Sonia.

— Si eso es lo que te preocupa... - Verónica se desabrochó el sujetador, mostrando un par de pechos perfectos. — ¿Así estarás más cómoda?

Tragó saliva. Sentía el corazón latirle con fuerza. No había esperado que la noche tomara ese rumbo con tanta naturalidad, con tanta fluidez. Se fijó que los pechos de Verónica estaban operados, pero el resultado era espectacular. Grandes, pero sin llegar a ser excesivos, con la forma perfecta. Ella sintió su mirada y sonrió.

Sonia sintió que se le secaba la boca. Se giró hacia Luis, pero él no apartaba la mirada de la escena.

— Haz lo que quieras. Disfruta Sonia —le dijo, intentando sonar despreocupado.

Verónica con su elegancia natural, se bajó las braguitas, mostrando su cuerpo trabajado en el gimnasio ante todos. Luis se fijó con una punzada de excitación, que llevaba pubis rasurado. Ella caminó seductora hasta el borde de la piscina y, sin dudar, se sumergió en el agua de un solo movimiento.

Luis mantuvo su mirada un segundo más y se giró hacia Sonia. Le hizo un gesto con las cejas como preguntándole lo que pensaba hacer. Ella sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Sabía que ahora todas las miradas estaban sobre ella.

— Vamos, Sonia —dijo Verónica con tono divertido—. Es solo agua.

Ella respiró hondo. Sabía que, si no lo hacía, la tensión se quedaría flotando entre ellos el resto de la noche. Y, sobre todo, no quería parecer la única que se quedaba al margen.

Haciendo acopio de toda su seguridad, deslizó los tirantes del vestido y lo dejó caer hasta el suelo. Llevaba un tanga de encaje rojo que había elegido sin pensar demasiado, pero que ahora le parecía incluso más atrevido de lo que imaginaba. Sus pechos quedaron expuestos y sintió cierta incomodidad. No miró a nadie. Simplemente caminó hasta la piscina y bajó los escalones, sintiendo el agua fresca envolver su cuerpo. Verónica se acercó a ella lentamente, observándola con una sonrisa cómplice.

— Ves, no ha sido tan difícil. Pero deberías haberte sacado el tanga. Se te va a estropear con el cloro.

Marcos se levantó y entró en la casa. Al poco rato apareció con dos bañadores. Le lanzó uno a Luis.

— Como sabéis, soy arquitecto. Siempre me preocupa la estética de las cosas, y creo que nuestra desnudez afearía la de las dos bellezas que ahora están en el agua. ¿No crees, Luis?

Sin decir nada más, se quitó la camisa y se puso el bañador. Luis le imitó al momento.

Luis nadó hasta Sonia y le rodeó la cintura con los brazos.

— Estás preciosa —le susurró.

Sonia apoyó las manos en su pecho, sintiendo el latido acelerado de su corazón.

Continúa leyendo...